

El incendio de Alto Tajo en Guadalajara:

Una reflexión general y una visión menos pesimista de la habitual

D. Gómez Orea*

El incendio (julio de 2005)

Contemplar el feroz incendio que el pasado mes de julio arrasó unas 13.000 has de pinar en el mítico Alto Tajo, desde mi pueblo, Prados, junto a Molina, a poca distancia en línea recta, resultaba un espectáculo sobrecogedor: un ancho y largo penacho de humo negro, cuyas pavesas se hacían patentes en el aire, sobre el suelo y sobre nuestra ligera ropa veraniega, se diluía alargándose hasta desaparecer en lontananza hacia levante. Buscábamos los puntos más estratégicos para fotografiar tan peculiar y sorprendente nube negra y la curiosidad del falso crepúsculo que simulaba contra el resplandor del sol de media tarde.

En una zona del mundo rural profundo

Aquellos pinares tantas veces recorridos en mis excursiones sabatinas con mis amigos "del Monte" y en mis trabajos de campo. Trabajos de ordenación y desarrollo rural que no han producido los resultados esperados, porque los invalidaba la realidad de una inexorable emigración masiva, justificada por argumentos muy convincentes: aislamiento territorial, rigor climático, hostilidad de un terreno al que cuesta extraer los más necesarios recursos primarios, y propiciada por una política, en los años sesenta, que forzó un ritmo de crecimiento carente de la pausa y la reflexión necesaria para convertirlo en desarrollo. Un dudoso milagro de crecimiento económico basado en dos hechos paralelos: la industrialización de las ciudades más grandes hasta convertirlas en congestionados centros de actividad a costa de trasladar tres millones de campesinos a deprimentes barrios periféricos y la paralela acción en el campo según

* Catedrático. Universidad Politécnica de Madrid.



El incendio ha acelerado un proceso natural, lento, de sustitución del pinar, introducido, por robledal autóctono

T. Villarno Valdivielso

tres líneas sinérgicas: la concentración parcelaria, la mecanización y la utilización intensiva de fitosanitarios, colaborando en una agricultura productivista que incrementó la producción pero arrasó ecosistemas, paisajes, culturas y patrimonio edificado. Tres líneas de acción que permitieron liberar mano de obra de la agricultura para llevarla a las ciudades, generando en el país un modelo territorial desequilibrado e imposibilitando, tal vez definitivamente, la generación y localización de actividades en amplias zonas rurales capaces de soportar una población demográficamente sostenible

Y ello en poco más de una década, la de los años 60, o más exactamente, entre dos notables hitos históricos: el Plan de Estabilización del 59 y la Crisis del Petróleo del 73. La evolución posterior no ha hecho sino agudizar un modelo caracterizado por la congestión de unas zonas frente a la desertización de otras.

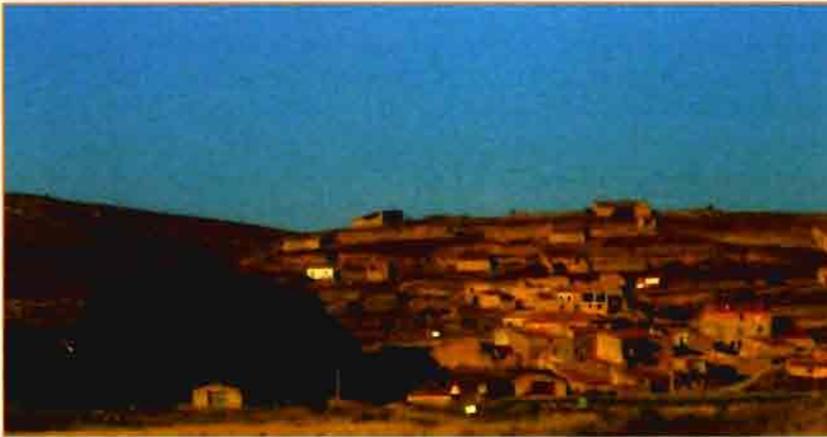
Este tipo de política, propiciada por el Banco Mundial y asumida por la obsesión de un crecimiento basado en la idea de que "más es siempre mejor", no fue aceptada en otros países europeos, por ejemplo en Francia, donde el entonces presidente Charles De Gaulle se opuso energicamente al desmantelamiento pobla-

cional del mundo rural, y con él, a su inexorable declive en todas las facetas que lo conforman. Tal vez no lo consiguió del todo y en todas las zonas, pero la necesaria evolución hacia un sistema territorial moderno se hizo de forma pausada, con tiempo para la reflexión, la planificación y la subsiguiente gestión y facilitando el continuo reequilibrio del sistema para nuevas formas de producción y de comportamiento.

De dudosa sostenibilidad demográfica

Y así nos encontramos en la actualidad en España con un mundo rural profundo que, falto de su principal recurso: una mínima densidad de población, tal vez resulte inviable hacia el futuro, por más que políticas románticas pretendan revitalizar, frecuentemente con presupuestos insuficientes, una situación que a estas alturas parece irreversible; como en otros casos la política curativa es ineficaz e ineficiente y solo la prevención, la evolución planificada, como se hizo en Francia, podía orientar el modelo por vías menos traumáticas.

La crisis del mundo rural profundo se manifiesta en facetas que se superponen:



El espacio rural necesita una ciudad para existir

T. Villarino Valdivielso

las de población y de poblamiento (sistema de asentamientos poblacionales) no son las únicas, pero sí las fundamentales; en efecto resulta demográficamente insostenible una densidad de población inferior a tres habitantes por kilómetro cuadrado y envejecida y la presencia de pueblos y de municipios con poblaciones de hecho inferiores a la docena de habitantes, también de edad avanzada. Sobran pueblos porque falta población y porque las distancias entre ellos y su tamaño responden a circunstancias históricas: trabajo manual, desplazamientos a pie, energía animal, autoconsumo, ... sustituidas hoy por trabajo, energía y desplazamientos mecanizados que reclaman otra estructura para el sistema de asentamientos poblacionales.

Con difíciles opciones de futuro que reclaman cambios paradigmáticos en la sociedad

La opción frente a este pesimista diagnóstico, pasa por tres cambios paradigmáticos: revisión de la relación campo ciudad para considerar la denominada "huella ecológica" (espacio rural que necesita una ciudad para existir), reordenación del espacio rural y más específicamente de la estructura de los núcleos de población para centrar la acción sobre aquellos que puedan tener viabilidad en el futuro, y dotación de infraestructuras de comunicación (físicas y virtuales) en cantidad y calidad suficiente para proporcionar oportunidades que permitan vivir en el campo sin menoscabo de la calidad de vi-

da. Esta es la imagen de futuro por la que apuesta la perspectiva europea de ordenación territorial: un modelo territorial en el que el espacio se homogeneiza en términos de las oportunidades que ofrece para la calidad de vida de los ciudadanos, aunque con diferencias en las tres componentes que la forman: el nivel de renta, las condiciones de vida y trabajo y la calidad ambiental. Vivir en un núcleo pequeño supone, generalmente, cambiar renta por ambiente, mientras la relación se va invirtiendo según aumenta el tamaño del lugar de residencia.

Una visión menos pesimista del incendio

El panorama descrito caracteriza la zona en que se produjo el incendio forestal que arrasó, el pasado mes de julio, unas 13.000 has de pinar en la zona del Alto Tajo, paradigma del medio rural profundo; en esta perspectiva hay que situar el incendio. Y quiero expresar un punto de vista si no optimista, menos pesimista de lo que es habitual, que compense la impotencia que sentí ante las llamas y la desazón que me produjo la triste imagen de unos terrenos calcinados; y ello sin contar las pérdidas más graves: las humanas. Se basa en tres ideas:

- Los pinos resineros han cubierto su ciclo económico en la zona
- El robledal reclama el hábitat que le pertenece; el incendio ha acelerado un proceso natural, lento por tanto, de sustitución del pinar, introducido, por el robledal autóctono.

- La penetración del robledal sustituyendo al pinar se considera positiva.

La primera afirmación parece obvia en ausencia de mercado resinero y debilidad del maderero. El principal recurso quemado no es la madera, ni los recursos materiales clásicos asociados al pinar, sino otros que adquieren modernamente la condición de recurso en la medida en que se percibe su utilidad y se hacen progresivamente escasos: es el caso de recursos tangibles como la biodiversidad, e intangibles como la atmósfera de misterio y grandeza asociada a un entorno agreste y deshabitado, la estructura y textura de un paisaje complejo, la huella de unos aprovechamientos tradicionales que si han perdido su función económica conservan su capacidad evocadora de un pasado vitalizado por la activa presencia humana. Este tipo de recursos no tienen un mercado convencional, por lo tanto carecen de precio, pero sí son susceptibles de un mercado indirecto, y existen formas de valorarlos económicamente: entiendo que esta valoración debería ser la referencia fundamental para cuantificar y localizar las inversiones previstas para compensar la pérdida.

La segunda idea viene sugerida por la presencia de manchas de robledal que proliferan por doquier, generalmente matorral de roble quejigo que evoluciona de forma muy variable hacia portes arbóreos; tal afirmación podría no ser generalizable al conjunto del territorio quemado, muy heterogéneo, pero sí a gran parte de él.

La tercera afirmación se justifica porque mejora la biodiversidad, la naturalidad del espacio y la calidad de un paisaje que se enriquece con la variedad cromática de las frondosas, frente a la monotonía de las coníferas, a lo largo de los ciclos estacionales; a ello se añade la menor combustibilidad y mayor capacidad de regeneración del robledal frente al pinar.

El aprovechamiento de las oportunidades

En cuanto a la riqueza material ni el robledal ni el pinar en sí mismos la producen de forma directa y significativa, pero sí indirecta a través de actividades que

hacen de la naturaleza y del paisaje su principal recurso; en otras ocasiones he señalado que el Alto Tajo es una especie de "diamante en bruto" que debe ser "tallado" para beneficiarse de las incuestionables oportunidades que le proporciona su ubicación relativa, centrada y próxima, a tres densas, congestionadas y ricas zonas urbanas: las áreas metropolitanas de Madrid, Zaragoza y Valencia, todas ellas a menos de dos horas de viaje. Y es aquí donde tiene su mayor potencial; el problema está en la disponibilidad de los recursos, sobre todo humanos, para aprovecharlo; y más allá en la voluntad política de promocionar una zona con escasísima población, carente de votos por tanto, y donde las iniciativas que se adopten necesariamente producen resultados visibles a medio o largo plazo, en todo caso en plazos superiores a los que se manejan en el mundo de la política.

Esta idea es de tal importancia que ha dado origen al moderno concepto de gobernanza, que señala cómo hay una contradicción entre los plazos políticos, asociados a los periodos interelectivos, y el plazo en que ciertas inversiones proporcionan resultados tangibles, visibles y apreciables por los ciudadanos. Por ello resulta insuficiente la democracia representativa, y demanda su perfeccionamiento hacia una democracia participativa, en la que el estilo de desarrollo y los avances en la dirección del que denominamos sostenible, trascienda las decisiones de la clase política para inscribirse en el conjunto de la sociedad. Esta idea implica un buen gobierno o gobernanza, concepto orientado a devolver protagonismo real a una sociedad basada en la información y en el conocimiento, aplicando para ello cinco principios esenciales: apertura y transparencia de las instituciones públicas, participación de la sociedad a través de sus agentes sociales y de los individuos, responsabilidad de todos los agentes públicos y privados, eficacia y coherencia.

Pero tal protagonismo es a todas luces inviable en situaciones de tan escasa población por lo que resulta inevitable impli-

car a las ciudades que dependen para vivir de este tipo de zonas. Para ello resulta útil recurrir al indicador "huella ecológica", capaz de sensibilizar a las poblaciones de Madrid, Valencia y Zaragoza sobre su inevitable insostenibilidad y sobre su dependencia de grandes superficies rurales vitalizadas por una población estable. La "huella ecológica" basa esta dependencia en términos de extracción de "influentes": alimentos, agua, energía,



T. Villarino Valdivielso

etc, y sumidero de "efluentes": emisiones a la atmósfera, vertidos al agua y residuos y, con importancia muy particular en este caso, oferta de solaz y esparcimiento al aire libre que demanda una población congestionada. En este sentido un Plan de Desarrollo socioeconómico que, por encargo de la Delegación de Agricultura de Guadalajara, tuve oportunidad de elaborar hace algunos años (ver Gómez Orea, D. 2000. "Plan de Desarrollo Sostenible del Alto Tajo". Rev. Observatorio Ambiental. Nº 3. Instituto Universitario de Ciencias Ambientales. Universidad Complutense. Madrid) señalaba a las actividades de conservación de la naturaleza y a las relacionadas con el turismo como las únicas capaces de crear una cantidad de empleo significativa en la comarca del Alto Tajo. Porque el tono vital de la comarca no lo conseguirá si no alcanza una densidad de población del orden, al menos, de la que había en los años cincuenta, antes de iniciarse el éxodo rural; y para ello habría que crear varios miles de puestos de trabajo.

Esta nueva dialéctica me parece indispensable para revitalizar la zona; sin ella, me temo que la imagen de futuro será un espacio más o menos naturalizado pero carente de una población demográficamente sostenible. No me atrevo a juzgar como malo o bueno este modelo, en todo caso hacia él avanzará, creo que de forma inexorable, si no se reconsidera la dialéctica campo ciudad en los términos apuntados.

Las inversiones previstas

Las ideas expuestas deberían orientar las inversiones públicas previstas para compensar los daños del incendio, si no se quiere correr el riesgo de que, como otras, resulten inútiles, tal vez perjudiciales, al menos en términos de desarrollo sostenible de la zona; sostenibilidad que aquí significa densidad demográfica. Destinarlas a la reforestación, como señala la prensa, parece una idea demasiado simplista y de dudosa utilidad en territorio tan amplio y heterogéneo.

Para evitar tal riesgo considero inevitable inscribirlas en un plan realizado con amplia participación pública, que de forma sintética, a) se iniciaría con un estudio integrado del medio, realizado por un equipo multidisciplinar; b) pasaría por una reflexión prospectiva sobre el modelo territorial de la zona que contemplara al menos dos escenarios: zona "naturalizada" con escasísima población y zona vitalizada por una población demográficamente sostenible, tal vez del orden del censo del 55; c) una "lectura" del medio físico para determinar su vocación; d) diseño de una visión de futuro o imagen objetivo a medio y largo plazo y e) la identificación, presupuestación y programación de las intervenciones para avanzar hacia dicha imagen en el tiempo.

La participación pública es inevitable, pero ésta no habría de ceñirse a los residentes de la zona, sino que debería contar con representación de las tres áreas metropolitanas de las que depende su futuro: Madrid, Zaragoza y Valencia, las que deberían hacer un esfuerzo de generosidad en cuanto a una visión racional sobre el futuro.